



#### CAPITULO IV

*La vida es ruda.*

Victor tocaba ya en los catorce años.  
En poco tiempo había dado un gran estirón, y el pequeño papanatas se convirtió en un muchachote fuerte, robusto, de



anchas espaldas y de movimientos reposados.

Al cabo de los años que navegaba en *La Bella Nivernesa*, empezaba á conocer su ruta como un viejo y avezado marinero; sabía los nombres de los bajos, y olfateaba las avenidas, pasando de las maniobras del bichero á las del timón.

Llevaba cinturón rojo y la blusa ahuecada alrededor de los riñones.

Cuando el padre Louveau le confiaba la barra, Clara, que iba siendo una real moza, venía á hacer media á su lado, prendada de su figura serena y de sus actitudes varoniles.

Aquella vez el viaje de Corbigny á París había sido azaroso y duro.

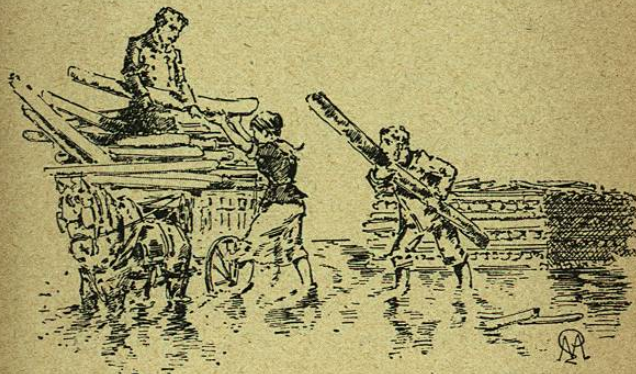
Crecido por las lluvias del otoño, el Sena había arrastrado las presas y se lanzaba hacia el mar como una bestia desbocada.

Los marineros, inquietos, apresuraban sus descargas, pues el agua corría ya al nivel de los malecones, y los despachos enviados de hora en hora por las postas de los escluseros traían malas noticias.

Decían que los afluentes habían roto

sus diques é inundado la campiña, y la riada subía, subía.

Los muelles estaban invadidos por una multitud, ocupada en mil faenas; era aquello un hormiguero de hombres, de



carretas y de caballos; encima, las grúas de vapor maniobraban con sus grandes brazos.

El mercado de vinos estaba ya desocupado.

Los camiones llevaban las cajas de azúcar.



Los haladores abandonaban sus barcos, los malecones se vaciaban, y la fila de carros, subiendo las pendientes de las rampas, huían de la avenida como un ejército en marcha.

Retrasados por el ímpetu salvaje de las aguas y por las paradas de las noches sin luna, los Louveau desesperaban de entregar su cargamento.

Todo el mundo había puesto manos á la obra, y trabajaron hasta hora muy avanzada de la noche, á la luz de los mecheros de gas de los muelles y de las linternas.

A las once todo el cargamento estaba apilado al pie de la rampa.

Como la carreta de Dubac el carpintero no parecía por parte alguna, se acostaron.

Fué una noche terrible, llena de rechinamientos de cadenas, crujidos de bordajes y choques de barcos.

*La Bella-Nivernesa*, resentida por las sacudidas, lanzaba gemidos como un reo en el tormento.

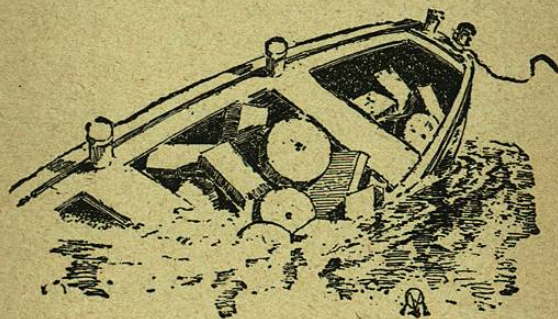
No hubo medio de pegar los ojos.

El padre Louveau, su mujer, Víctor y

Tripulación se levantaron al rayar el alba, dejando á los niños en su lecho.

El Sena había crecido más durante la noche.

Temible y lleno de olas como el mar,



corría verde y sombrío bajo un cielo gris oscuro.

En los muelles ni un movimiento de vida.

En el agua ni un barco.

Pero muchos restos de cobertizos y vallados flotando en la corriente.

Al otro lado de los puentes, la silue-



ta de Nuestra Señora disfumada en la niebla.

Era preciso no perder un segundo, pues el río había ya franqueado los parapetos del puerto bajo y, las olas, lamien- do el extremo de los tablones, habían de- rribado los pilas de maderas.

Metidos en el agua hasta la cintura, Francisco, la madre Louveau y Dubac, cargaban la carreta.

De pronto oyeron un gran ruido al lado de ellos, que les aterró.

Una chalana cargada de piedras moli- neras, rompiendo su amarra, vino á cho- car contra el muelle, abriéndose desde la soda al codaste.

Hubo allí un terrible desgarramiento, seguido de un remolino de agua.

Aún estaban inmóviles y aterrados por este naufragio, cuando oyeron un gran clamor detrás de ellos.

Desencadenada por la sacudida, *La Bella Nivernesa* se separaba de la orilla.

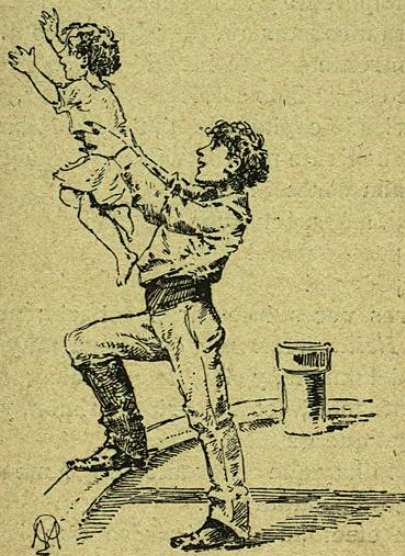
La madre Louveau lanzó un grito:

—¡Mis hijos!

Víctor se había ya precipitado en el camarote.

De allí á poco reapareció sobre el puente con el pequeño en los brazos.

Clara y Milín le seguían, y todos, á la



vez, tendieron sus brazos hacia el muelle.

—¡Tomadles!

—¡Un bote!

—¡Una cuerda!



Todo fué inútil.  
 ¿Qué hacer?  
 No había medio de pasarles á nado.  
 Tripulación corría de una á otra bor-  
 da, impotente y desesperado.  
 Era menester abordar á toda costa.  
 Enfrente de este inválido enloquecido  
 y de estos niños sollozantes, Víctor, im-  
 provisado capitán, se sintió con la ener-  
 gía suficiente para salvarlos del peligro.  
 Daba voces de mando.  
 —¡Vamos, echa una amarra!  
 —¡Despáchate!  
 —¡Cógela!

Tres veces intentaron echarla; pero  
*La Bella Nivernesa* estaba ya muy le-  
 jos del muelle, y el cable cayó al agua.

Entonces Víctor corrió al timón, y se  
 le oyó que gritaba:

—¡No hay que tener miedo! ¡yo me en-  
 cargo de conducirlos!

En efecto, de un vigoroso empuje de  
 barra enderezó la embarcación que se  
 iba á la deriva, empujada de flanco por  
 las aguas.

En el muelle, Louveau había perdido  
 completamente la cabeza.

Quería echarse al agua para reunirse  
 á sus hijos; pero Dubac le tenía preso  
 entre sus brazos, mientras que la madre



Louveau se cubría el rostro con las ma-  
 nos para no ver.

Entretanto *La Bella Nivernesa* entra-  
 ba en la corriente, y con la velocidad de



un remolcador enfilaba contra el puente de Austerlitz.

Tranquilamente cogido á la barra, Víctor gobernaba el barco, animaba á los pequeños y daba sus órdenes á Tripulación.



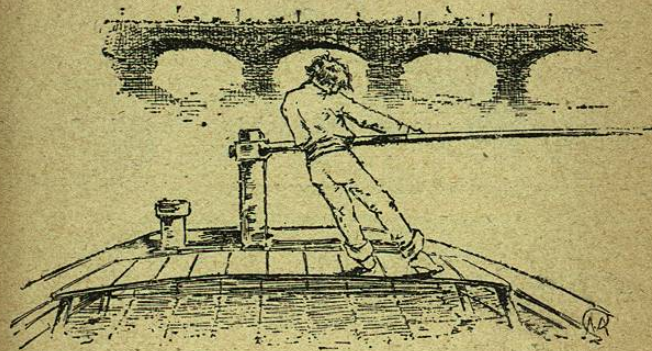
Estaba seguro de que iba por buen camino, pues había maniobrado en línea recta hacia la bandera roja, izada en la mitad del arco maestro para indicar la marcha á los marineros.

Pero ¡oh Dios mío! ¿habría altura bastante entre el agua y el puente para que pasase el barco?

Víctor veía el puente, que se acercaba con vertiginosa rapidez.

—¡A tu bichero, Tripulación! Tú, Clara, atiende á los niños.

Por su parte se asió fuertemente al timón.



Ya sentía en la cara el viento encallejonado del arco.

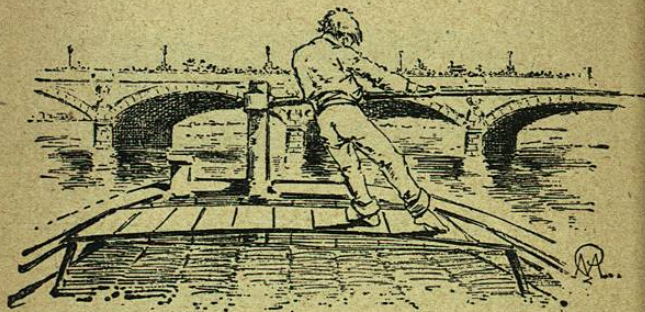
Ya estaban.

Arrastrada por el ímpetu de su carrera, *La Bella Nivernesa* desapareció bajo la galería con un ruido espantoso, pero no desapareció tan rápidamente que la multitud que se apiñaba sobre el



puede de Austerlitz no viera al marinero de la pierna de palo errar el golpe de bichero y caer de bruces, en tanto que Víctor gritaba desde el timón:

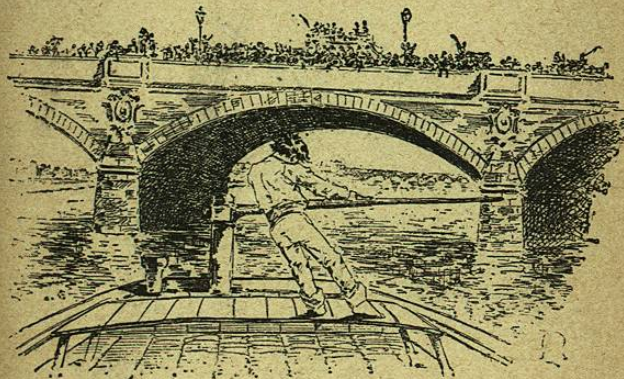
—¡Un arpón! ¡un arpón!



*La Bella Nivernesa* se hallaba bajo el puente.

En la sombra del arco, el pequeño capitán distinguió perfectamente las enormes argollas soldadas en las hiladas de los pilares, las juntas de la bóveda, y, en la lejana perspectiva, la crujía de los otros puentes encuadrando á grandes trozos el cielo.

Después hubo como una dilatación del horizonte, algo como un deslumbramiento de luz al aire libre saliendo de una cueva, un ruido prolongado y atronador de ¡hurras! sobre su cabeza y la visión



de la catedral anclada sobre el río, semejante á una inmensa fragata.

El barco se paró de golpe.

Algunos pontoneros habían logrado enganchar un gárfio en la borda de *La Bella Nivernesa*.

Víctor, en un abrir y cerrar de ojos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



amarró y ató sólidamente el cable alrededor de una cuerda.

Se vió á *La Bella Nivernesa* virar de bordo, girar sobre la amarra y, cediendo al nuévo impulso que la arrastraba,

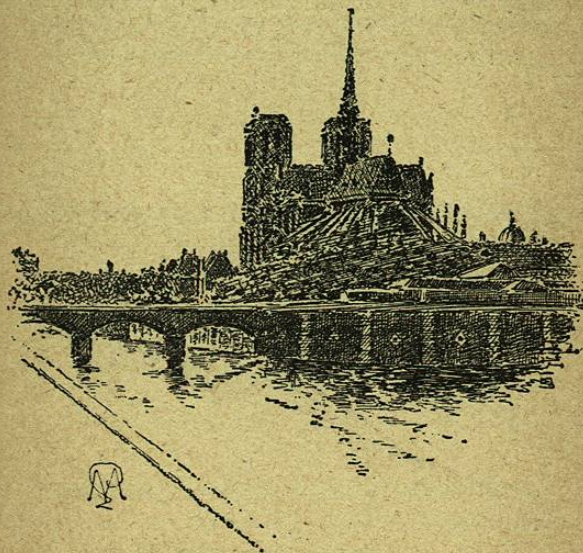


abordar lentamente al muelle de la Tour-nelle, con su tripulación de monicacos y su capitán de quince años.

¡Oh! ¡Qué alegría la de aquella noche al verse todos alrededor de la humeante cena, en el camarote del barco, esta vez

perfectamente anclado y amarrado con solidez!

El pequeño héroe ocupó el sitio de ho-



nor, el puesto que correspondía al capitán.

No tenían gran apetito, pues aún los duraba la ruda emoción de la mañana; pero los corazones estaban dilatados como



después de salir de un largo y grave desmayo.

- Al fin respiraron libremente.

Se guiñaban los ojos del uno al otro lado de la mesa, como queriendo decir:

—¡Eh! ¡Si le hubiésemos llevado á casa



del Comisario! ¿Qué habría sucedido ahora? ¿Estaríamos todos juntos?

El padre Louveau reía hasta las orejas, dirigiendo á su pollada una mirada humedecida por las lágrimas.

- Hubiérase dicho que le había llovido del cielo una gran fortuna, que *La Bella Niverneña* no tenía ni un mal agujero

en sus costados, ó que les había caído el premio gordo de la lotería.

El marinero aporreaba cariñosamente á Víctor con sus puños.

Así es como manifestaba su afecto.

—¡Este pícaro de Víctor!

„¡Qué golpe de timón!



„Tripulación, ¿lo has visto?

„Yo no lo habría hecho mejor, ¡eh! ¡eh! Lo dicho; ni yo, con ser el patrón, lo habría hecho tan perfectamente..”

El buen hombre tuvo exclamaciones para quince días, y corrió por los muelles contando aquel “golpe de timón..”

—¿Comprendéis?

„El barco iba dando vueltas.



„Entonces, él...  
„¡Plam!„  
Y hacía un gesto muy expresivo para  
indicar la maniobra.  
Durante este tiempo el Sena volvió á



su nivel ordinario, y el momento de partir se aproximaba.

Una mañana que Víctor y Louveau daban á la bomba del agua sobre cubierta, el cartero les entregó una carta.

Estaba cerrada con un sello azul.

El marinero abrió la carta con mano temblorosa y, como no estaba mucho

más fuerte en la lectura que en el cálculo, le dijo á Víctor:



—Deletréame eso.  
Y Víctor leyó:

“OFICINA DEL COMISARIO DE POLICÍA  
XII DISTRITO

*El Sr. Louveau (Francisco), patrón  
marinero, se servirá presentarse inmediatamente en el despacho del Comisario de policía.*„

—¿Nada más?

—Nada más.



Louveau se ausentó durante todo el día.

Cuando por la noche regresó al barco, toda su alegría había desaparecido.

Estaba sombrío, hosco, taciturno.



La madre Louveau no comprendía nada de aquello y, como los pequeños se habían subido al puente á jugar, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Tengo disgustos.

—¿A causa de la madera?

—No; á propósito de Víctor.

Contó entonces su visita al Comisario de policía.

—¿Sabes aquella mujer que le abandonó? No era su madre.



—¡Ah!... ¡ya!

—Le había robado.

—¿Cómo lo saben?

—Ella misma se lo ha confesado al Comisario antes de morir.

—¿Pues, entonces, te habrán dicho el nombre de sus padres, de sus parientes?

Louveau se estremeció.

—¿Y por qué supones que me lo hayan dicho?